Mis libros

Disney Princesas

ORÍGENES

El caballo de Blancanieves

8-10

Disney Princesas
Orígenes

El caballo de Blancanieves

Escrito por Tessa Roehl

Ilustraciones del
Disney Storybook Art Team

Libros Disney

Para Nilo

© 2021 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-18335-10-5
Depósito legal: B. 20912-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escritodel editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1
Una sorpresa de cumpleaños

Blancanieves le dio una manzana a Escarcha. Durante el desayuno había cogido unas cuantas de la mesa con la esperanza de que la yegua se pusiera contenta al ver la fruta dulce y encarnada. Se había fijado en que Benjamín, el mozo de cuadra, también le daba. Pero Escarcha no le quitaba ojo a la puerta del establo, como si le interesara más lo que ocurriera fuera que la visita de la princesa.

Justo entonces, Blancanieves vio unas botas que asomaban por debajo de la puerta. Las conocía bien: eran elegantes y lustrosas, aunque las suelas estaban llenas de barro de los establos. Alzó la vista y vio a su padre, el rey, que la miraba. Él levanto una ceja.

—Imaginaba que estarías aquí. Me he enterado de que la cocinera te ha hecho un desayuno especial de cumpleaños, pero tú apenas has probado bocado.

—Quería darle los buenos días a Escarcha y a los otros caballos —respondió Blancanieves mientras salía del compartimento para hablar con su padre.

—Pues Escarcha parece encantada con la celebración —dijo el rey con una risita.

A pesar de que Blancanieves le tendía la mano con la manzana, Escarcha la ignoraba. La princesa se guardó la fruta en el bolsillo del delantal que se ponía para no ensuciarse el vestido cuando iba a los establos.

—Ojalá fuera cierto —suspiró ella.

Entonces, apareció Benjamín, que saludó al rey con una leve inclinación de cabeza.

—Majestad —dijo.

El mozo de cuadra, que le llevaba varios años a Blancanieves, echó heno en el compar-

timento de Escarcha. En cuanto la yegua lo vio, irguió el cuello, sacudió las orejas, resopló y giró la cabeza para acercarse al joven.

—Y buenos días a ti también, preciosa —le dijo el joven a Escarcha, acariciándole cariñosamente el cuello.

La yegua cerró los ojos con satisfacción y volvió a resoplar. Blancanieves suspiró.

—Oh, buenos días, princesa —la saludó Benjamín—. No os había visto.

—Hola, Benjamín. Me parece que Escarcha tampoco se ha percatado de mi presencia —dijo ella con ironía.

Blancanieves observó a Benjamín mientras repartía el heno. Escarcha también. Aunque la princesa era ella, para la yegua no había más realeza que Benjamín.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó Blancanieves.

—¿El qué? —respondió él, desempolvándose las manos y apartando la cabeza de Escarcha para ver mejor a Blancanieves.

—¿Cómo lo has hecho para gustarle tanto? Hace tiempo que lo intento, pero… —dijo, mirando a su padre—. No hay manera.

—Qué cosas dices —le dijo el rey—. Estoy seguro de que no es así. Los animales te adoran, cariño.

«La mayoría sí, pero esta yegua no», pensó ella.

Blancanieves tenía un don especial para encontrar animales extraviados y heridos, ya fuera un pajarito caído del nido, una ardilla con una pata rota o un cervatillo desorientado y

perdido en el bosque. Todos iban a parar al castillo, donde Blancanieves cuidaba de ellos con amor.

Tanto era así que la cocinera se llevó un buen susto cuando el pájaro, una vez tuvo las alas curadas, se puso a revolotear por la cocina. Y su padre montó en cólera al descubrir que la ardilla mordisqueaba el brazo del trono. Y el padre de Benjamín, Klaus, el establero, no

daba crédito cuando vio al cervatillo que dormía en los establos. Pero Blancanieves siempre lograba hacerles entender que su deber era ayudar a los animales.

—Quizá deberíais cantarle a Escarcha, princesa —sugirió Benjamín—. Dicen que funciona.

El rey se aclaró la garganta. Blancanieves estaba segura de que el muchacho se burlaba de ella porque la habían echado de varias estancias del castillo por cantar a voz en grito con demasiada frecuencia y distraer a todo el mundo de las tareas importantes. Aun así, decidió seguirle la corriente.

—Ya lo he intentado, pero no le interesa lo más mínimo —replicó la princesa.

Él soltó una risita y se encaminó al siguiente compartimento.

—Benjamín —dijo el rey—, espera un momento. He venido a darle un mensaje a Blancanieves que también te concierne a ti.

El mozo de cuadra se detuvo y obedeció.

—Sí, Majestad.

—Cariño —le dijo el rey a Blancanieves—, este año he decidido que seas tú misma quien escoja tu regalo de cumpleaños.

—¿De verdad? —preguntó ella con cara de sorpresa y emoción.

—Ya va siendo hora de que elijas tu caballo —le propuso.

—¡Oh, padre! Es el mejor regalo del mundo. ¡Muchas gracias! —exclamó Blancanieves.

La princesa dio un salto de alegría. Desde que tenía uso de razón, su padre le decía que cuando fuera lo bastante mayor le regalaría un

caballo. Por fin había llegado el día con el que tanto había soñado.

—La cuestión es, ¿cuál te gustaría? —prosiguió el rey—. No hace falta decir que Benjamín y Klaus se encargarán de él como hasta ahora, pero el que elijas será todo tuyo, para cabalgar, ser amigos, correr…

Blancanieves hizo una mueca. Durante años, su padre había ganado prácticamente todas las carreras de caballos de su reino y los reinos vecinos. Por algo su caballo se llamaba Campeón. Y ahora esperaba que su hija, muy a su pesar, compartiera su pasión por las carreras. A ella le encantaba montar a caballo, pero prefería cabalgar tranquilamente por los jardines del castillo o trotar a su aire por el prado. No tenía valor de decirle que le aterrorizaba la

idea de galopar a toda velocidad. A ella lo que le gustaba era cuidar y dar cariño a los animales del establo y del bosque, y no usarlos en su beneficio, como ganar una carrera.

—¿De verdad que puedo elegir cualquier caballo? —le preguntó Blancanieves.

—El que quieras —le respondió su padre. Y, guiñándole el ojo, añadió—: Aunque me parece que ya sé cuál elegirás.

El rey se refería a Escarcha. Blancanieves miró a la yegua y vio que Benjamín, muy serio, hacía lo mismo. Escarcha le iba como anillo al dedo a Blancanieves. Era elegante e imponente, y tenía un hermoso nombre que evocaba el invierno centelleante. Y, por supuesto, era de la raza ideal para correr. Sin embargo, Escarcha nunca se había encariñado con Blancanieves.

Todos los intentos de la princesa por congraciarse con la yegua habían sido en vano.

—El que quiera. Mmm… —dijo Blancanieves con una sonrisa—. En ese caso me gustaría hacer una prueba con Campeón. Benjamín, ¿podrías ensillármelo?

El muchacho puso cara de sorpresa y el rey empalideció como el pelaje de Escarcha.

—Blancanieves, yo… —balbuceó el rey.

—Padre, ¡era una broma! —exclamó Blancanieves, divertida.

El rey y Benjamín soltaron una carcajada nerviosa.

Blancanieves se echó a reír. Escarcha empujaba la mano de Benjamín con el morro.

—Necesito tiempo para decidirme —dijo la muchacha—. Tú, padre, siempre dices que

hay que meditar bien las cosas y sopesar todas las opciones.

—Así es —asintió el rey.

—Es una decisión importante —añadió ella—. Tengo que pensármelo.

—Esa es mi niña —dijo su padre, y besó a su hija en la frente—. Iré a ver a Campeón antes de que se te ocurra otra idea loca.

Dicho esto, el rey se encaminó hacia otra de las naves que conformaban los establos.

—Estaba convencido de que elegirías a Escarcha —dijo Benjamín, observando a la princesa con curiosidad—. Seguro que será el mejor caballo de carreras del reino.

—Pero le gustas más tú que yo. No creo que quiera ser mi caballo —replicó ella con tristeza.

Hasta que lo dijo en voz alta, no se dio cuenta de lo convencida que estaba de ello. Benjamín negó con la cabeza.

—Qué va, es solo porque le doy de comer y la veo todos los días. Estoy seguro de que si vinieras más a menudo haría lo mismo contigo.

—¡Pero si hace meses que vengo cada día! —exclamó Blancanieves.

—Sí, claro —dijo Benjamín mientras acariciaba a Escarcha detrás de las orejas—. Pero ella es especial. Si yo tuviera la posibilidad de tener un caballo como este…

Blancanieves sabía que tenía razón. Escarcha era la mejor elección y la más lógica. Pero había algo que le impedía tomar la decisión definitiva. Necesitaba aclarar las ideas, así que decidió dar un paseo.